Lección 5
(25 de Julio al 1º de Agosto de 2009)

Andar en la luz: Renunciar a la mundanalidad

Dr. José Carlos Ramos

Introducción

Nuevamente, la lección se introduce con un doble título reuniendo dos elementos no recíprocos. Andar en la luz conduce a la renuncia de la mundanalidad, pero no siempre renunciar a la mundanalidad significa andar en la luz. Están los que lo hacen meramente por un principio de austeridad; otros se apartan de toda clase de convivencia social hacia el aislamiento, viviendo como ermitaños, con un mínimo contacto con el mundo. Pero no hay provecho espiritual en el rigor ascético (ver Colosenses 2:23). Además, como personas que se aíslan, ¿cómo podrán ser luz para los perdidos?

En los escritos juaninos, *mundo* es casi siempre la versión del vocablo griego *kósmos*, que se repite más de cien veces (24 sólo en las epístolas). El sentido del término es diverso. Destaco los siguientes:

1. Nuestro planeta (Juan 1:10).
2. La vida secular en la que se acumulan los bienes (1 Juan 3:17).
3. La humanidad
   a. En general (Juan 1:9);
   b. Específicamente, aquellos que carecen de salvación (Juan 3:16; 1 Juan 2:2);
   c. La que está separada de Dios y en contra de Él (1 Juan 4:5; 5:19).
4. Una gran multitud (Juan 12:19).
5. La tierra habitada (2 Juan 7).
6. Un lugar transitorio (1 Juan 2:17).
7. La tierra como foco de pecado y corrupción (1 Juan 2:15, 16).

Otros significados podrían ser agregados a éstos, y otros textos podrían citarse en cada uno de los siete sentidos. Naturalmente, el sentido del término en un pasaje debe ser determinado por el contexto. El sentido de "mundo" en el versículo separado para el estudio de la lección de esta semana está contenido en los incisos 3.c y 7.

Vencer al maligno "por su nombre"

Algunos interpretan literalmente el triple grupo (hijitos, padres, jóvenes) mencionado dos veces por Juan en los versículos 12 al 14, como –respectivamente– 1) los niños: 2) los padres de familia; y 3) los jóvenes. Pero, considerando que la primera expresión aparece otras siete veces en 1 Juan en pasajes en los que la alusión a los niños es

muy improbable, cabe la explicación sugerida por la Lección: los miembros en general, aquellos más ancianos y aquellos más jóvenes. Otra posibilidad es que el segundo grupo haga referencia a los líderes y los más antiguos en la fe, no importando la edad, mientras que el tercero no involucraría exclusivamente a los de menor edad, sino los de menos tiempo en la fe, los así llamados "neófitos".

Una variación de esta idea es que Juan habría dividido en dos grupos a la congregación, a la que él identifica como "hijitos" (en otros pasajes, esta expresión se aplica a toda la iglesia): "padres", los más antiguos en la fe y, por lo tanto, los más maduros, incluyendo a los líderes y dirigentes, y "jóvenes", los neófitos, todavía con el impulso del primer amor, dándoles el vigor necesario para combatir a los adversarios de la fe, incluyendo el enemigo mayor.

Una tercera hipótesis, a la cual me adhiero, asume que el interés de Juan era el de mencionar que las cualidades propias y específicas de las tres fajas etarias debían ser poseídas por todos los miembros de la iglesia. Todos ellos debían reunir la inocencia de la infancia ("hijitos"), la fuerza de la juventud (jóvenes), y la madurez de la edad adulta ("padres"). [1]

Me siento inclinada a esta opinión, especialmente por el hecho de que las cualidades de cada etapa no son, realmente, para ser atribuidas a sólo un grupo específico de la iglesia, sino que –de hecho– se manifiestan en todos. Comprobemos estas cualidades ligadas a los grupos respectivos:

Texto en 1 Juan 2	Grupo	Cualidad
12, 13	"Hijitos"	"Vuestros pecados han sido perdonados por su Nombre"
		"Habéis conocido al Padre"
13, 14	"Padres"	"Habéis conocido al que existe desde el principio"
13, 14	"Jóvenes"	"Habéis vencido al maligno"
		"Sois fuertes, la Palabra de Dios mora en vosotros…"

Veamos las cualidades relacionadas al primer grupo: "Vuestros pecados han sido perdonados por su Nombre" y "Habéis conocido al Padre". No son cualidades para ser atribuidas a un determinado grupo en la iglesia; tienen que ser propias de cada miembro. El conocimiento del Padre es imperativo para la salvación (Juan 17:3), y tal conocimiento es adquirido a través del acto de conocer al Hijo (Juan 8:19; 14:7, 9, 10), o sea la cualidad del segundo grupo; el perdón de los pecados es posible para todos, a través del arrepentimiento y la confesión (1 Juan 1:9; ver también Efesios 4:32; Colosenses 3:13).

La cualidad del segundo grupo "Habéis conocido al que existe desde el principio", tampoco es para algunos pocos privilegiados, sino para toda la iglesia. "Aquél que existe desde el principio", o sea, Aquél que es o que era desde el principio, el Hijo, la Luz de Juan 1:1, 2 y 1 Juan 1:1. Todos en la iglesia necesitan disfrutar el privilegio de conocer al Hijo y, a través del Hijo, al Padre; en esto reside la vitalidad de la iglesia, y se hace por ello efectiva, como ya se ha dicho, la salvación.

[1] Ver I. Howard Marshall, *The Epistles of John*, p. 138.

Finalmente, las cualidades del tercer grupo, “Habéis vencido al maligno” y “Sois fuertes, la Palabra de Dios mora en vosotros…”, también deben ser vistas en cada miembro. Todos tenemos que asumir la victoria de Cristo en el Calvario, permitiendo que Dios la repita en nosotros; todos podemos ser fuertes con “la incomparable grandeza de su poder” (Efesios 1:19).

La Lección nos recuerda que aquí hay una referencia implícita a la Trinidad: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (inferida en la expresión “la Palabra de Dios mora en vosotros”). Así, tenemos aquí una versión de la promesa del propio Jesús luego de hablar del envío de “otro Consolador” para que esté con los discípulos (Juan 14:16, 17). La promesa fue dada en estos términos: “El que me ama, guardará mi Palabra. Y mi Padre lo amará, y vendremos a Él, y habitaremos en Él”. En otras palabras, la presencia personal del Espíritu Santo en el creyente implica la presencia esencial del Padre y del Hijo en Él. ¡Qué bendición!

El inicio de este maravilloso proceso no puede ser pasado por alto. Todo comienza en el versículo 12 de 1 Juan 2: “Vuestros pecados han sido perdonados por su Nombre”. Cuando pedimos una bendición de Dios, elevando a Él nuestras peticiones, las pronunciamos en el nombre de Jesús, porque solamente a través de sus méritos pueden ser derramados los recursos celestiales sobre nosotros como “arroyo de agua en tierra seca” (Isaías 32:2). Y esto es todavía más verdadero en cuanto al perdón, porque “en ninguno otro hay salvación, porque no hay otro Nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12).

Tal como lo señala la Lección, “el punto vital es que los cristianos comprendan que la base de su salvación se encuentra sólo en Jesús y en lo que Jesús ha hecho por ellos. Por eso, Juan dice que han sido perdonados; no sobre la base de sus buenas acciones, no sobre la base de sus creencias y ni siquiera sobre la base de su conocimiento de Dios, sino más bien ‘por su nombre’; es decir, sobre la base de Jesús y lo que Él ha hecho por ellos”. [2]

¡Es verdad! Todo comienza con el perdón que Dios le otorga al creyente a causa de lo que Cristo hizo por él, y culmina con la presencia de la Trinidad en él, por medio del conocimiento de lo que la Divinidad plena es. Dios no podría consumar su salvación de una manera más expresiva.

Renunciar a todo amor al mundo (1 Juan 2:15)

¿Cómo es posible que Dios haya amado al mundo (Juan 3:16), y aún así requiera que nosotros no amemos al mundo? La Lección menciona este aparente dilema, el cual desaparece cuando se tienen en cuenta los diferentes sentidos de *mundo* en el Evangelio y en las Epístolas de Juan. Con respecto a esto, remito al lector a la introducción al presente comentario, donde se hace notar que *mundo*, en Juan 1:16 significa la humanidad perdida, carente de salvación (sentido 3.b), mientras que en 1 Juan 2:15 significa la tierra separada o alienada de Dios, en contra de Él, y como foco de pecado y corrupción. No podemos simpatizar con esta clase de mundo, porque nada relacionado con el pecado podrá permanecer (versículo 17); es factor de aniquilamiento (ver lección correspondiente al viernes).

---

[2] Ekkerhardt Mueller, *Amadas y llenas de amor: Las epístolas de Juan*, p. 56.

Por lo tanto, cuando Juan nos dice que no debemos amar al mundo y todo lo que en el mundo hay, se refiere a este tipo de mundo, el mundo de pecado. Claro que se exceptúa el mundo en los sentidos tipificados por los incisos 1), 3) a y 3) b, y 5). Es impresionante cómo el mal logra invertir los valores y llevar al hombre que no tiene a Dios a los desatinos y liviandades más bajas. Por ejemplo, se ama el pecado que hay en el mundo (sentidos tipificados en los incisos 2 y 7), pero se odia el propio mundo (sentido del inciso 1), esto es, el planeta y lo que hay en él; los crímenes ecológicos están para comprobar la veracidad de este hecho. Los hombres ya están pagando caro por esos crímenes (las consecuencias del efecto invernadero es una de esas formas de pago), pero el castigo mayor se aguarda para el día final, cuando tengan que dar cuenta de sus actos.

El último libro de la Biblia afirma que Dios finalmente castigará a los hombres por no haber amado al mundo, el planeta en el que vivimos, de manera de evitar su destrucción. Cuando llegue el día final del ajuste de cuentas, se cumplirá lo que está escrito en Apocalipsis 11:18: "ha llegado… el tiempo… de destruir a los que destruyen la tierra".

Que Dios ayude a su Pueblo a odiar aquél mundo que debe ser odiado, y amar al mundo que debe ser amado.

Problemas con el mundo

El texto incluido en la lección correspondiente al día miércoles señala la clase de mundo que no podemos amar: el mundo de pecado. Nos brinda además una enumeración de todo lo que proviene de ese mundo y que tenemos que odiar (como ya hemos visto, no amar –en Juan– equivale a odiar, ver el comentario de la semana pasada). Este "todo" se restringe a: concupiscencia ("los deseos") de la carne, concupiscencia ("la codicia") de los ojos y soberbia de la vida.

La Lección explica satisfactoriamente cada uno de estos trágicos puntos, de manera que no se hace necesario alguna consideración adicional en cuanto a su significado. Apenas agregaría que cualquier pecado que se comenta está incluido en una –o más– de estas tres esferas mencionadas por Juan, debido a que ellas son los tres pilares esenciales de la tentación, los medios por los cuales el pecado seduce y daña.

Pensemos en la caída de nuestra primera madre (que acabó convirtiéndose en el factor de la caída de nuestro primer padre). Génesis 3 nos cuenta cómo sucedió todo: "Cuando la mujer vio que el árbol era bueno para comer ["deseos de la carne"], agradable a los ojos ["codicia de los ojos"] y codiciable para alcanzar sabiduría [soberbia de la vida], tomó de su fruto y comió. Y también dio a su esposo, que comió igual que ella" (versículo 6).

Reflexionemos además en el esfuerzo de Satanás por derribar al segundo Adán, Jesucristo. El primer y tercer Evangelios nos informan que al comienzo de su ministerio de Jesús fue marcado con tres tentaciones específicas (en rigor de verdad, el enemigo empleó la misma fórmula del Edén, sólo que en circunstancias muy ventajosas para él): Después de cuarenta días de ayuno, Jesús escuchó la sugerencia diabólica "Di que estas piedras se conviertan en pan" (Mateo 4:3) para que se alimentara ["deseos de la carne"]. Luego, el enemigo lo elevó y "le mostró todos los reinos de la tierra" (justamente sobre los cuales el Mesías debía ejercer el dominio, Salmo 2:8-12), susurrándole "A

ti te daré todo el poder y la gloria de estos reinos… [“codicia de los ojos”] si tú me adoras…” (Lucas 4:5, 6). ¡Qué tentación! La misión de Cristo cumplida sin cruz, sin sufrimiento, sin sacrificio…

Finalmente, el diablo lo condujo a la cima del pináculo del Templo y le sugirió que se tirara; al fin de cuentas los ángeles estarían listos para preservarlo (Lucas 4:9-11); seguramente los judíos presenciarían la escena y se maravillarían. Lo aclamarían como Mesías, el Mesías tan popularmente esperado, lleno de ostentación, poder y majestad [“soberbia de la vida”]. Incuestionablemente, fue otra fuerte tentación.

Jesús puso en retirada al enemigo por el poder de la Palabra. Le citó textos bíblicos con tan autoridad que no dio margen. La batalla inicial estaba ganada; otras seguirían con el mismo desenlace, hasta que el triunfo definitivo fuera garantizado en la cruz.

Posiblemente, Juan tuvo eso en mente al registrar las palabras de 1 Juan 2:15-17. Esto le otorga una mayor significado al notar que el exhorta –a continuación–a sus lectores con la afirmación de que, por la victoria de la cruz, habían vencido al maligno, y que la Palabra de Dios (el instrumento de la victoria), permanecía en ellos (versículo 14).

La naturaleza temporaria del mundo (1 Juan 2:17)

Juan llega entonces al clímax de su argumentación con respecto a la inconveniencia y futilidad de amar al mundo y a las cosas que están en el mundo: la transitoriedad de las cosas relacionadas al pecado. Todo pasa, y sólo lo que se basa en Dios permanece. Pedro tocó esta realidad al citar las palabras de Isaías 40:6-8: “Toda carne es como la hierba, toda la gloria del hombre como la flor de la hierba. La hierva se seca, y la flor se car, pero la Palabra del Señor permanece para siempre” (1 Pedro 1:24, 25). Santiago hace lo propio al advertirle a aquellos que tiene riquezas y que están en el mayor riesgo al sentir que son perdurables (Santiago 1:10, 11).

Tal como lo expresa la Lección, “la humanidad está tentada a vivir para el momento, ser cautivada por el mundo material y atesorar sólo lo que se puede ver”. [3] Aún así, impíos y justos, reconocen que todo aquí es transitorio. Hace algunos años, una música popular exitosa hacía que muchos jóvenes cantaran “*soy una nube pasajera que con el viento se va…*”. Cuando eventualmente escuchaba aquella canción, recordaba a Santiago con su lastimero enunciado: “Porque ¿qué es vuestra vida? Apenas un vapor que aparece por poco tiempo, y pronto se desvanece” (Santiago 4:14). Parecía que hasta el cantante anunciaba lo que acontece con los grandes grupos musicales que, como meteoros, surgen, brillan, y desaparecen. ¿Dónde están hoy, por ejemplo, los *Beatles* de la década del ’60, que petulantemente afirmaban ser más famosos que Jesucristo? Los *Heraldos del Rey*, que ya existían cuando aparecieron los Beatles, todavía continúan alabando a Aquél que viene de la eternidad y se dirige hacia la eternidad.

La vida pasará, con todo lo que se acumuló en ella, no importando si los bienes se pueden contar o no. Se nos dice que Moisés hizo la mejor elección: sufrir con el pueblo de Dios en lugar de “gozar los deleites temporales del pecado” (Hebreos 11:24, 25), y estos placeres incluían ocupar el trono de Egipto, el imperio mundial de sus días. Yo me pregunto, ¿dónde está el faraón que, en lugar de Moisés, se sentó en aquél trono?

---

[3] *Ibíd.*, p. 60

¿Dónde están los gloriosos imperios del pasado? La respuesta es fácil: están en el poco, el mismo polvo en el que estarán algún día los imperios de nuestros días. Pero Moisés, ¿dónde está hoy? No es necesario que responda, porque tú, adventista, maestro o no de la Escuela Sabática, sabes muy bien dónde está.

Pues bien, eso tiene mucho que ver con cada uno de nosotros. Cuando todo pase, ¿dónde estaremos? ¿Cuál será nuestra situación? Una respuesta positiva a estos interrogantes dependerá de lo que hayamos escogido como fundamento de nuestra vida, dependerá en dónde estamos hoy poniendo nuestros afectos, dependerá de hacia dónde se vuelcan hoy nuestros mayores deseos, dependerá de cuál es nuestra mayor esperanza.

Aquél que hace previsión sólo para esta vida es un necio. Es importante que nos preparemos para la vida; es por ello que existen, por ejemplo, las universidades (las universidades adventistas son una excelente referencia de ello). En verdad, cuando alguien dice que está preparándose para la vida admite que lo que viene después es lo más importante. El problema es que, a veces, nos equivocamos con lo que yo podría llamar el *límite de lo que viene después*, con el *último límite*.

No hay duda de que el último *después* es lo que viene después de esta vida. El encuentro con el Juez del Universo es el último *después* para cada ser humano. No hay algo que podríamos ubicar *después* de la eternidad. Ser eternamente salvos, o eternamente perdidos, es el último episodio de nuestro peregrinaje.

Ante esta realidad, ¿por qué quedarse con el mundo y con el pecado del mundo? Las palabras de Pablo suenan por demás oportunas: "La gracia de Dios que trae salvación se manifestó a todos los hombres, y nos enseña a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos [¿no es exactamente esto sobre lo cual nos amonesta Juan?], y a vivir en este siglo sobria, justa y piadosamente, mientras aguardamos la bendita esperanza [¡Aleluya!] de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad, y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras" (Tito 2:11-14).

Dr. José Carlos Ramos
Profesor de Teología
Universidad Adventista de San Pablo (UNASP)
Campus Engenheiro Coelho



Traducción: Rolando D. Chuquimia
© **RECURSOS ESCUELA SABÁTICA**

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática